

Variaciones sobre la sociología en el comunismo argentino

Adriana Petra

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

El difícil diálogo entre los comunistas argentinos y las disciplinas sociales y humanísticas que, desde mediados de la década de 1950, comenzaron a renovarse, institucionalizarse e internacionalizarse, debe situarse en el marco de un proceso global de transformación de la cultura intelectual y de la relación entre el marxismo y otras tradiciones teóricas. En este marco, la disputa entre élites políticas y élites intelectuales en torno a la autorización y la legitimidad del saber marxista –que a menudo adoptó la forma de una querrela generacional– formó parte de un clima de época que en la Argentina adquirió rasgos específicos, vinculados a las formas del debate intelectual abierto tras el golpe que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955 y a las consecuencias políticas de la disputa por la correcta interpretación de la realidad nacional.

Este ensayo repone el contexto dentro del cual las dirigencias del Partido Comunista Argentino (PCA) decidieron no contemplar la posibilidad de que la sociología pudiera tener alguna utilidad científica, aun cuando en los propios países comunistas –aunque bajo condiciones estrictamente controladas– se abrían espacios para su desarrollo. Más que una simple oposición entre “ciencia marxista” y “ciencia burguesa”, el problema remite a una disputa teórico-política más amplia por la legitimidad del saber, por los lenguajes que lo

articulan y por los criterios de autoridad que habilitan la intervención en el mundo social y la práctica política.

En efecto, a principios de los años 60, cuando se desató la polémica en torno a la sociología, el panorama era más complejo que el de una década atrás, en pleno auge de zhdanovismo y la teoría de las dos ciencias.¹ Desde mediados de la década de 1950, al calor del llamado proceso de “desestalinización”, tanto en la U.R.S.S. como en los países de Europa del Este la concepción de que el marxismo era una “ciencia de las ciencias” –cuya consecuencia fue que, desde la década de 1920, las disciplinas específicas fueran proscriptas– se flexibilizó, así como las apreciaciones en torno al carácter burgués de las disciplinas y filosofías no marxistas. En este contexto, se produjo una reactivación de la investigación científica y la sociología experimentó un auténtico renacimiento. Ya en agosto de 1956, apenas cinco meses después de las denuncias de Nikita Jrushchov durante el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S., por primera vez en 30 años una delegación soviética participó del Congreso Mundial organizado por la Asocia-

¹ Sobre la cuestión del partidismo en la investigación científica, véase Luciano N. García, *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

ción Internacional de Sociología (AIS). Desde entonces, y por un período de poco más de diez años (hasta que la Primavera de Praga puso fin al impulso liberalizador), la disciplina pasó a ser una de las ciencias que más se desarrolló y en torno a la cual se agruparon los sectores más comprometidos con el ejercicio de una investigación social fundada en datos. Así, se llevaron adelante estudios en áreas como las nuevas formas de trabajo, la vida cotidiana y la opinión pública, y se crearon decenas de instituciones a lo largo y ancho de la U.R.S.S.² Lo mismo ocurrió en los países de Europa del Este y Yugoslavia. Reseñando el número dedicado a los estudios sociológicos de la *Recherches internationales à la lumière du marxisme* que Juan Carlos Torre y Manuel Mora y Araujo evocaron para defender su posición frente a la intransigencia de Rodolfo Ghioldi en la polémica que da origen a este dossier, el sociólogo francés Jean-Daniel Reynaud afirmaba que, a pesar de las evidentes dificultades teóricas y metodológicas que mostraban los artículos allí reunidos, su mérito mayor era otro: el de existir. Y concluía: “No sería sorprendente que, dentro de algunos años, una verdadera discusión científica sea posible y que existan en los países del Este (con la ayuda de Polonia, que posee en este aspecto una rica tradición) verdaderos sociólogos”.³

Los partidos occidentales tuvieron más problemas para entablar algún diálogo pro-

ductivo con otras tendencias teóricas del pensamiento social o con las innovaciones del mundo universitario, dado que la capacidad de controlar las consecuencias políticas de cualquier apertura teórica era menor. Así las cosas, las discusiones acerca de la posibilidad de una sociología marxista se realizaron al margen o directamente en contra de los comunistas. Esto sucedió con particular fuerza en algunos países latinoamericanos, en los que las tesis comunistas sobre la estructura social y económica del continente comenzaron a ser objeto de fuertes impugnaciones políticas. Como lo enfatizaba retrospectivamente Ruy Mauro Marini, las raíces de la teoría de la dependencia no debían buscarse en la discusión con el desarrollismo de la CEPAL, sino en las concepciones que la “nueva izquierda” elaboró para “hacer frente a la teoría de los partidos comunistas”.⁴

En los tempranos años 60, entonces, era posible, como lo hicieron Torre y Mora y Araujo, ampararse en el desarrollo de la investigación sociológica en el mundo comunista para defender la idea de que el “marxismo militante” (es decir, el marxismo-leninismo de los partidos comunistas) solo se reduciría al periodismo o a la compilación de datos estadísticos si no mostraba capacidad para realizar trabajos empíricos sobre la realidad. Sin embargo, buscar esta legitimación fue claramente insuficiente en el contexto de crisis política e intelectual que atravesaba la Argentina y en el clima de acoso que los comunistas advertían con total claridad.

Comunistas en la encrucijada

Hacia fines de la década de 1950, el Partido Comunista Argentino se hallaba en una situación

² Martine Mespoulet, “La ‘renaissance’ de la sociologie en U.R.S.S. (1958-1972): une voie étroite entre matérialisme historique et ‘recherches sociologiques concrètes’, *Revue d’Histoire des Sciences Humaines*, n° 16, 2007; Adela Hincú y Victor Karády (eds.), *Social Sciences in the “Other Europe” since 1945*, Budapest, Central Europe University, 2018; Agustín Cosovschi, “Entre l’homme et le système: La sociologie yougoslave des années libérales jusqu’au retour de la censure”, *Revue des études slaves*, vol. LXXXIX, n° 4, 2018.

³ Jean-Daniel Reynaud, “Études sociologiques. *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, n° 17, janv.-févr. 1960”, *Sociologie du travail*, año 3, n° 2, abril-junio de 1961, pp. 200-201. Traducción de la autora.

⁴ Ruy Mauro Marini, “Memoria”, en R. M. Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos recuperados*, Quito, Instituto de Estudios Sociales Nacionales, 2012, p. 60.

paradójica. Por un lado, se encontraba nuevamente proscrito, posición que compartía con los peronistas, con quienes venía desarrollando una confluencia en el terreno sindical y sobre los cuales las dirigencias alimentaban esperanzas de radicalización y cooptación (el llamado “giro a la izquierda”). Al mismo tiempo, experimentaba un fuerte crecimiento en los ámbitos universitarios, intelectuales, profesionales y de clases medias, visible en la conformación de una amplia estructura de publicaciones periódicas, editoriales, organizaciones culturales y grupos de estudio, tanto en Buenos Aires como en otras capitales argentinas. De la mano del ensayista Héctor P. Agosti, y del grupo de jóvenes que comenzó a rodearlo, el Partido había intentado abrir un espacio de discusión crítica sobre los aspectos más dogmáticos y reduccionistas del trabajo cultural de la etapa precedente. Sin embargo, el relativo éxito de la empresa de Agosti, dentro y fuera del Partido, no obstó para que las críticas a la “ortodoxia” comunista y los reclamos de un marxismo abierto no lo alcanzaran en el mismo momento en el que su estrella parecía en ascenso.

La particularidad del caso argentino, en comparación con otros partidos latinoamericanos, fue la centralidad que la recepción de la obra del filósofo marxista italiano Antonio Gramsci tuvo en ese proceso. Tan tempranamente como en 1951 —al mismo tiempo que, bajo su impulso, se traducían por primera vez fuera de Italia las *Cartas de la cárcel*—, Agosti apeló a categorías gramscianas en su estudio sobre Esteban Echeverría, al que consideraba uno de los mejores exponentes de un pensador y político “realista”, es decir, de alguien que desarrollaba un pensamiento revolucionario extrayendo sus “principios sociológicos” de una crítica sistemática de la sociedad de su tiempo.⁵ Preocupado como estaba por la cues-

tión del rol de los intelectuales, las élites y, por lo tanto, de las capas medias en los procesos de transformación social que su partido aspiraba a conducir —hasta el momento sin éxito—, Agosti frecuentó a autores como Michels, Mannheim y Pareto, pero fue en la obra de Gramsci donde encontró los elementos, dentro de su propia tradición, para su batalla contra el dogmatismo, el obrerismo y el “sociologismo”, es decir, contra la pulsión a evaluar los hechos culturales y las batallas ideológicas como reflejos automáticos de la estructura económica o simples traducciones de los informes partidarios. Al interior de su propio partido encontró resistencias, entre ellas las de Rodolfo Ghioldi, quien ejercía la función de defender la ortodoxia partidaria en temas culturales ya desde su temprana polémica con Roberto Arlt en 1932.⁶

Nación y cultura y *El mito liberal*, sus dos libros más importantes, ambos publicados en 1959, colocaron a Agosti en el centro del debate intelectual que tuvo como telón de fondo la crisis del liberalismo y el clima revisionista sobre la experiencia peronista que se abrió después de 1955. Admitido el hecho de que, en la tarea de interpretar la realidad nacional, parecían llevar ventaja “sociólogos marxistas” no comunistas como Silvio Frondizi, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui, Agosti se propuso combatir con estadísticas las “horas de metafisiqueo” que, opinaba, dominaban el discurso de sus oponentes. Así, en el capítulo “La crisis argentina”, de *Nación y cultura*, citaba profusamente las investigaciones de Gino Germani, a las que calificaba como los “más circunstanciados” análisis de los datos censales disponi-

⁵ Héctor P. Agosti, *Echeverría*, Buenos Aires, Futuro, 1951, p. 23

⁶ José María Aricó, “La polémica Arlt-Ghioldi. Arlt y los comunistas”, *La Ciudad Futura*, n° 3, 1983. Retomo esta y otras polémicas en *Intelectuales y Cultura Comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

bles, para definir la composición de las nuevas “clientelas culturales” que habían emergido en las últimas décadas, producto de la nacionalización de las masas inmigrantes y de los cambios en la estructura demográfica y productiva del país.⁷ Si bien se trataba de un uso más bien instrumental de la producción sociológica de Germani, la acotación es importante como síntoma del estado de la investigación empírica en el propio campo del “marxismo militante” del que formaba parte. Como lo admitía puertas adentro, el hecho de que los intelectuales comunistas no hubieran producido una sola obra perdurable en áreas sensibles como la economía o la historia era un síntoma de la debilidad del Partido en el campo del debate intelectual y la batalla ideológica.⁸ Sin embargo, también él consideró que la sociología, así como la filosofía o la psicología, no podían constituir “especialidades” por fuera del materialismo histórico.⁹

Que las ciencias sociales tendieran a operar con un vocabulario especializado, dotado de pretensiones de cientificidad y autonomía, constituyó uno de los fundamentos que justificaron el rechazo de los comunistas a entablar algún diálogo con la sociología científica. En efecto, el ingreso a la discusión pública de una cultura intelectual novedosa como la de las ciencias sociales fue recibido con total escepticismo por el Partido, al que, además, no se le escapaba la filiación socialista y liberal de quienes llevaban adelante la universidad reformista, de la cual ningún inte-

lectual comunista formaba parte.¹⁰ Como ha explicado Alejandro Blanco, la empresa comandada por Gino Germani se nutrió de un clima internacional que promovió un desplazamiento hacia nuevos métodos y formas organizacionales de investigación y enseñanza que, apoyadas y promovidas por una constelación de organismos internacionales nacidos en la segunda posguerra, buscó posicionar la investigación empírica en el centro de un programa enfocado en tratar los problemas del desarrollo en regiones como América Latina. Esto supuso un distanciamiento y una fuerte diferenciación con las prácticas disciplinares precedentes, lo que también incluyó a lo que entonces comenzó a denominarse el “marxismo vulgar”.¹¹

Los comunistas no fueron los únicos en criticar la orientación que Gino Germani imprimió a la carrera de Sociología, creada en 1957 con el objetivo de desarrollar la investigación científica y formar sociólogos profesionales. Sectores peronistas denunciaron tempranamente la inspiración norteamericana del proyecto y su función como “freno progresista” de los impulsos de transformación social. De modo similar, corrientes ligadas al nacionalismo popular y a diversas izquierdas cuestionaron el financiamiento proveniente de fundaciones y organismos internacionales como una forma de imperialismo cultural, inaugurando un tópico que, junto al rechazo al científicismo y la “neutralidad valorativa”, se expandiría en América Latina a lo largo de la

⁷ Héctor P. Agosti, *Nación y Cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1959, p. 89, nota al pie.

⁸ Algunas de estas reflexiones se encuentran en un diario personal disponible en Fondo Héctor Agosti, Cuadernos Manuscritos, CEDINCI, FA-032-1-1.6.

⁹ Para el caso del psicoanálisis, es interesante, por la evidente similitud de los argumentos, seguir la polémica en torno al libro de José Bleger *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, en el libro de Hugo Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

¹⁰ Algunos intelectuales que acompañaron a Germani en la fundación de la carrera, como Carlos Alberto Erro, ocuparon espacios importantes en organizaciones como el Congreso por la Libertad de la Cultura, de fuerte tono anticomunista y antiperonista. Véase Jorge Nállim, “Intelectuales y Guerra Fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y Chile, 1950-1964”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, n° 14, 2014.

¹¹ Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

década de 1960.¹² En este marco de creciente radicalización del campo intelectual, el proyecto sociológico de Germani fue objeto de un cuestionamiento generalizado. Sin embargo, ello no implicó un fortalecimiento de la posición comunista. Para muchos jóvenes sociólogos, como Eliseo Verón, el Partido aparecía, por el contrario, como un obstáculo para el desarrollo de una perspectiva marxista en las ciencias sociales en un clima de profunda crisis política.¹³ En realidad, todo el asunto engarzaba con un problema mayor: la batalla que el Partido comenzaba a entablar con otras fracciones de la izquierda que, por primera vez de un modo generalizado, cuestionaban su autoridad teórico-política.

Neomarxismos

En los primeros días de noviembre de 1959, en las librerías de Buenos Aires comenzó a circular un libro destinado a la polémica. Bajo la coordinación de Carlos Strasser, un joven de 23 años, entonces estudiante de Derecho (más tarde lo sería, también, de Sociología), el volumen llevaba como título *Las izquierdas en el proceso político argentino* y era uno de los primeros de la colección Agramante, dirigida por Gregorio Selser para la editorial Palestra. El libro era una reunión de intervenciones de dirigentes y referentes políticos en torno a un cuestionario redactado por el propio Strasser, que comenzaba con la siguiente

pregunta: “¿Qué es la izquierda y cuándo se está en la izquierda?”.

En la base de la iniciativa, tal como se aclaraba en el prólogo, estaba la certeza de que la etapa política que se avecinaba, consumada la “traición” de las esperanzas puestas en el gobierno de Arturo Frondizi, requería de una izquierda nueva, despojada —como se daba por sentado— de los lastres “elitistas, snobs, cosmopolitas, liberales y antiperonistas” que la habían acompañado hasta entonces. Strasser aseguraba que el desconcierto que reinaba entre los sectores intelectuales y universitarios requería de las élites dirigentes algo más que las “cantenelas, slogans y fórmulas huecas” que habían proliferado en esos últimos 30 años, dado que el “estudio profundo y objetivo de la realidad argentina” obligaba a desembarazarse de ese lenguaje repetido, fastidioso e ineficaz. La interrogación sobre el peronismo, el papel de las clases medias y el problema del desarrollo económico aparecían en el centro de una discusión política, pero también teórica, que las izquierdas, ya designadas en plural, debían darse con urgencia.¹⁴ Este cuestionamiento, como es sencillo apreciar, anticipaba una crítica más amplia y profunda de la capacidad teórica del comunismo para analizar la situación argentina y, en consecuencia, ofrecer soluciones políticas.

Un año después, en el mes de noviembre de 1960, la revista *Cuadernos de Cultura* publicó un dossier en respuesta al libro de Strasser bajo el título “¿Qué es la izquierda?”. Este reunía la opinión de referentes culturales del Partido, encabezados por Ernesto Giudici, entonces el responsable de los asuntos universitarios y un duro crítico del proyecto de

¹² Las discusiones en torno al financiamiento externo y las denuncias sobre “espionaje sociológico” se reprodujeron ampliamente en toda América Latina. Véase Adriana Petra, “El ‘Proyecto Marginalidad’: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural”, *Políticas de la memoria*, n° 8/9, 2008/2009; Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en Uruguay durante los Sesenta*, Montevideo, Penguin Random House, 2020.

¹³ Eliseo Verón, “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, n° 2-3, 1962.

¹⁴ Carlos Strasser, *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959. El libro incluyó las intervenciones de Silvio Frondizi, Rodolfo Ghioldi, A. M. Hurtado de Mendoza, Abel Alexis Latendorf, Nahuel Moreno, Rodolfo Puiggrós, Liborio Justo, Jorge Abelardo Ramos, Esteban Rey y Ismael Viñas.

departamentalización impulsado por las autoridades reformistas de la Universidad de Buenos Aires, al que consideraba cientificista y pronomericanista, un dato fundamental para el contexto de Guerra Fría en el que se desarrollaba el debate.¹⁵ El propósito principal del volumen era clarificador y partía de una evidencia: el marxismo, única fuente ideológica de la izquierda, se había transformado en el “método de indagación” de diversas corrientes políticas e intelectuales ligadas a las capas medias, sector de creciente importancia en la vida política argentina. Esta situación, al mismo tiempo que promisorio comparada con la etapa anterior, cuando lo que reinaba era el desconocimiento, era fuente de confusiones, cuando no de deformaciones deliberadas cuyo propósito principal era atacar al comunismo en nombre de un “neomarxismo” que pretendía suplantarlo. Así como Strasser había acusado al comunismo de tener un “lenguaje ideológico” que impedía hacer inteligible el sentido de la crisis que atravesaba el país, y que en consecuencia era políticamente ineficaz, los comunistas advertían la emergencia de un conjunto variopinto de formaciones político-culturales que se arrogaban esa capacidad a partir de una lectura revisionista o herética del marxismo, plagada de “supercherías y mistificaciones”. Este conjunto, que pronto comenzará a denominarse nueva izquierda, tanto se nutría de diferentes fuentes teóricas como se expresaba en diver-

sos espacios políticos, estéticos, disciplinares y culturales.

En efecto, desde fines de la década de 1950 y en los primeros años de 1960, las polémicas en torno a la definición legítima de la izquierda y el marxismo, en un contexto de expansión de una y otro, se multiplicaron en distintas sedes, poniendo en jaque el monopolio del saber marxista que reclamaba para sí el Partido. Desde las expresiones variopintas del nacionalismo popular hasta el trotskismo; desde las variantes por izquierda del socialismo y el radicalismo hasta las izquierdas independientes, un conglomerado de formaciones político-intelectuales surgió en la arena pública ofreciendo diagnósticos sobre la crisis que tomaban distancia de las caracterizaciones que el comunismo ofrecía desde fines de la década de 1920, en particular la idea de que la Argentina era un país dependiente y semifeudal cuya salida política era una revolución democrático-burguesa que, en consecuencia, requería alianzas con los sectores medios y la burguesía nacional. El hecho de que todos los trabajos reunidos en aquel libro tuvieran la necesidad de defender la actualidad de este diagnóstico, vigente desde el VIII Congreso Nacional de 1928, hace evidente la cuestión de fondo.

Para Ernesto Giudici, la discusión teórica que se encontraba detrás de las batallas políticas giraba, en consecuencia, en torno a la definición del rol político de las capas medias, las que, por un lado, eran ensalzadas por la “sociología burguesa” y sus expresiones socialdemócratas y desarrollistas, y por el otro eran denostadas por las fracciones de la pequeña burguesía intelectual que, seducidas por el peronismo, formaban las huestes de la izquierda nacional o neoizquierda. Unos y otros, sin embargo, eran enemigos de la “sociología marxista”, que apoyada en el materialismo histórico y en el análisis de las clases sociales era la única capaz de explicar el carácter del Estado, la naturaleza de los parti-

¹⁵ Formaron parte del dossier Héctor Agosti, el ensayista dedicado a temas literarios Samuel Schneider y Mauricio Lebedinsky, un joven médico preocupado por temas económicos. El más joven del grupo era Juan Carlos Portantiero, quien, abocado en ese momento a la crítica literaria, había pasado por la carrera de Derecho y cursado algunas materias de Sociología, carrera que terminará entre 1964 y 1966, una vez alejado del comunismo y de otras experiencias políticas fallidas, como el EGP y Vanguardia Comunista. “¿Qué es la izquierda?”, *Cuadernos de Cultura*, n° 50, noviembre-diciembre de 1960. El dossier fue luego publicado bajo el mismo título en forma de libro por la editorial Documentos en 1961.

dos políticos y el contenido de las formas ideológicas.

“Sociólogos” e “historiadores” improvisados, colocados por “encima del marxismo”, al cual consideran fenecido en su “esquema de clases”, entran en el embrollo burocrático y tecnológico de ese aparente Estado asentado sobre una prolífera y próspera clase media. Son, casi todos ellos, teóricos del bonapartismo, con el cual ocultan la naturaleza del fascismo de muchas dictaduras latinoamericanas y del gobierno peronista. El bonapartismo abarca una gama muy amplia puesto que va del nacionalista de izquierda Jorge Abelardo Ramos, al puro clasi-sista Silvio Frondizi y al partido trotskista.¹⁶

Aunque hace algunas alusiones al “sociologismo yanqui”, Giudici no parece considerar a la sociología científica un elemento central del esquema de enemigos del marxismo que busca elaborar, pues su preocupación se centra en una dimensión fundamentalmente política. Eso a pesar de que la cuestión de las clases medias y la ambivalencia de su significación política estuvieron en el centro de las preocupaciones político-intelectuales de la empresa que Gino Germani encaró desde los inicios de la década de 1940. Otro tanto puede decirse del peronismo, cuya interpretación tendrá una larga fortuna.

Esta omisión –que indica una caracterización aún difusa del emergente campo de las ciencias sociales– resulta menor en el texto de Héctor Agosti, quien bajo el título “Crisis del marxismo” buscó identificar los fundamentos teóricos que sustentaban la crítica al “marxismo ortodoxo”: el existencialismo, la fenomenología, el psicoanálisis, el arte abstracto y el sociologismo weberiano. Todos esos “ca-

minos intermedios”; como los llama, cada vez más seductores para ciertos círculos letrados y universitarios, eran nada más que una “sopa ecléctica”: “marxismo mezclado con psicoanálisis, o marxismo mezclado con ese pragmatismo sociológico fortalecido con generosos aportes de la Fundación Ford, o... Todo ello para luchar contra el ‘dogma oficial’”.¹⁷

A pesar del abuso de las adjetivaciones fuertes, a las que era poco dado, Agosti desplegó con perspicacia la idea de que el intento por enmendar la “terminología clásica” no era un asunto meramente semántico. Aunque se trataba de “invenciones” y de “enredos del lenguaje” resultaban eficaces entre muchos bienintencionados: “Les parece que abandonando el vocabulario leninista dan prueba de mayor rigor objetivo; les parece que superan la crisis o la sequedad del marxismo “ortodoxo” porque usan el lenguaje de los sicofantes del instrumentalismo. Ello es frecuente entre los estudiantes de sociología”.¹⁸ Aunque evidente en muchos otros planos, Agosti elige explicar el efecto de falsa inteligibilidad que a su juicio producía el uso de un vocabulario nuevo poniendo como ejemplo, no azarosamente, a un grupo y a una disciplina específica. Aunque no termina de desplegar su intuición, y retorna a las batallas literarias, terreno en el que hasta entonces se había librado la discusión en torno al realismo, el “sociologismo” y la autonomía o heteronomía de la producción cultural o intelectual, el apunte tira de un hilo que el propio Agosti, en apenas un par de años, verá estirarse hasta deshacer el entero programa renovador y, a su modo, heterodoxo, que él mismo había forjado.¹⁹

¹⁷ Héctor P. Agosti, “La crisis del marxismo”, *Cuadernos de Cultura*, *ibid.*, p. 57.

¹⁸ *Ibid.*, p. 60.

¹⁹ Me refiero a la ruptura del grupo de jóvenes que rodeaban a Agosti, entre los que se encontraban José María Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler y Oscar del Barco, todos ligados a la revista cordobesa *Padado y Presente*.

¹⁶ Ernesto Giudici, “Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo”, *Cuadernos de Cultura*, *ibid.*, p. 29.

En efecto, y como quedó demostrado en las controversias que de ahí en más se librarán en torno a la filosofía, la literatura y el psicoanálisis, la cuestión que hace posible comprender el inevitable desencuentro entre la sociología y el comunismo argentino es que detrás de la disputa por la interpretación de la realidad argentina se jugaba una batalla por la autoridad científica y política. No por nada la carta de los jóvenes sociólogos a la autoridad máxima del Partido comenzaba diciendo que, precisamente, ese rol no era suficiente para discutir teorías sociológicas, y que su incomprensión de la lógica disciplinar tenía, a la postre, consecuencias políticas evidentes. Ghioldi lo advirtió con precisión, de ahí que, a pesar de haber leído la carta tres veces, como le escribe a un enmudecido Agosti, no encontrara en ella un solo grano de verdad.

Para los comunistas, a diferencia de otras expresiones de la izquierda, la certeza de que el marxismo era un instrumento científico cuya posesión los liberaba de los devaneos y los impresionismos de la política práctica que, por lo mismo, era correcta porque era científica, constituía un sustrato fundamental de su cultura militante. El cuestionamiento generalizado al dogmatismo y la rigidez teórica que, advertían sus críticos, dominaban al marxismo comunista, no podía ser admitido sino a costa de aceptar consecuencias políticas difíciles de controlar. Era una situación paradójica, pues el marxismo se había convertido, en todo el mundo occidental, en un elemento fundamental e ineludible de la cultura contemporánea, pero esto ocurría dentro y fuera de los partidos comunistas, alimentando versiones alternativas que lo reconocían en términos filosóficos y metodológicos, pero no necesariamente político-ideológicos. Por eso, a diferencia del uso controlado que podía darse a las técnicas sociológicas en la U.R.S.S., una apertura que, de todos modos, la Primavera de Praga terminó clausurando, en la Argentina, así como en muchos otros países del mundo occidental,

los cuadros partidarios actuaron como una fortaleza asediada y entendieron, tal vez más rápidamente que sus oponentes, que no se trataba solo de integrar la investigación empírica al marxismo-leninismo, sino de una disputa sobre la autorización y la legitimidad que respondía a dos lógicas incompatibles y, por lo tanto, irreconciliables. □

Bibliografía

- Agosti, Héctor P., *Echeverría*. Buenos Aires, Futuro, 1951.
- , *Nación y cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1959.
- , “La crisis del marxismo”, *Cuadernos de Cultura*, n° 50, 1960.
- Aricó, José María, “La polémica Arlt-Ghioldi. Arlt y los comunistas”, *La Ciudad Futura*, n° 3, 1983, pp. 22-26.
- Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Cosovschi, Agustín, “Entre l’homme et le système: La sociologie yougoslave des années libérales jusqu’au retour de la censure”, *Revue des études slaves*, vol. LXXXIX, n° 4, 2018, pp. 535-550.
- García, Luciano N., *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.
- Giudici, Ernesto, “Neoliberalismo, neosocialismo, neomarxismo”, *Cuadernos de Cultura*, n° 50, 1960.
- Hincu, Adela y Victor Káradý (eds.), *Social Sciences in the “Other Europe” since 1945*, Budapest, Central European University Press, 2018.
- Markarian, Vania, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en Uruguay durante los sesenta*, Montevideo, Penguin Random House, 2020.
- Marini, Ruy Mauro. “Memoria”, En R. M. Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos recuperados*, Quito, Instituto de Estudios Sociales Nacionales, 2012.
- Mespoulet, Martine, “La ‘renaissance’ de la sociologie en U.R.S.S. (1958-1972): une voie étroite entre matérialisme historique et ‘recherches sociologiques concrètes’”, *Revue d’Histoire des Sciences Humaines*, n° 16, 2007, pp. 57-86.
- Nállim, Jorge, “Intelectuales y Guerra Fría: el Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y Chile, 1950-1964”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, n° 14, 2014.

Petra, Adriana, “El ‘Proyecto Marginalidad’: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural”, *Políticas de la memoria*, n° 8/9, 2008/2009, pp. 249-260.

—, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Reynaud, Jean-Daniel, “Études sociologiques”. *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, n° 17,

enero-febrero de 1960”, *Sociologie du travail*, año 3, n° 2, abril-junio de 1961, pp. 200-201.

Strasser, Carlos (coord.), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959.

Verón, Eliseo, “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, n° 2-3, 1962, pp. 13-40.

Vezzetti, Hugo, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

Resumen/Abstract

Variaciones sobre la sociología en el comunismo argentino

Este artículo analiza el difícil diálogo entre el comunismo argentino y las ciencias sociales en el contexto de las transformaciones de la cultura intelectual de la segunda posguerra. A partir de un enfoque que articula contextos globales y locales, el trabajo sitúa la polémica en torno a la sociología en los años sesenta en relación con el proceso de desestalinización ocurrido en la Unión Soviética y la reactivación de las ciencias sociales en el mundo socialista, así como con la crisis política e intelectual abierta en la Argentina tras el derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955.

Palabras clave: Comunismo argentino – Sociología – Marxismo – Desestalinización

Variations on Sociology in Argentine Communism

This article examines the difficult dialogue between Argentine communism and the social sciences within the context of the transformations of intellectual culture in the postwar period. Drawing on an approach that articulates global and local contexts, the article situates the debates over sociology in the 1960s in relation to the process of de-Stalinization in the Soviet Union and the revival of the social sciences throughout the socialist world, as well as to the political and intellectual crisis that unfolded in Argentina following the overthrow of Juan Domingo Perón in 1955.

Keywords: Argentine communism – Sociology – Marxism – De-Stalinization